



UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La Contrarrevolución en el mundo árabe

El caso de Bahréin

Estudiante: **Leticia Garcia-Blanch Sanz de Andino**

Director: Hutan Hejazi Martínez

Madrid, [abril, 2019]

Índice

| | |
|---|----|
| Finalidad y motivos y estado de la cuestión..... | 2 |
| Metodología..... | 7 |
| Antecedentes: Las llamadas “Primaveras Árabes” | 9 |
| BahrÉin: Aproximación histórico-política a la revolución de 2011..... | 14 |
| Colonialismo e independencia | 14 |
| La Intifada de los 90..... | 17 |
| El nuevo rey y el cambio de siglo | 19 |
| El comienzo de la Primavera | 20 |
| La Contrarrevolución: motivos y aplicación en BahrÉin | 23 |
| El CCG y la preocupación por la seguridad y la estabilidad regionales | 23 |
| El caso bahreiní | 26 |
| Estados Unidos: intereses en la región y políticas aplicadas..... | 30 |
| Conclusiones..... | 34 |
| Referencias | 37 |
| Anexos..... | 42 |
| Anexo 1 | 42 |
| Anexo 2 | 43 |
| Anexo 3 | 44 |

Finalidad y motivos y estado de la cuestión

Para entender la situación actual en el Mundo Árabe¹ debemos mencionar brevemente algunas de las consecuencias del colonialismo en la región. Los cambios introducidos por los europeos condujeron a las sociedades colonizadas a tomar conciencia de su situación y a buscar organizarse para resistir al invasor, lo cual también supuso un debilitamiento del orden tradicional (Sierra Kobeh, 2007, pág. 34). Inicialmente, había sectores fuertes de la población, principalmente intelectuales y burgueses, cuyas aspiraciones radicaban en la eliminación de las medidas de discriminación y en que se garantizase la igualdad de condiciones, junto con la libertad religiosa y que se permitiera a la población enseñar y educarse en el idioma árabe. Por otra parte, los dirigentes tradicionales, algunos de los cuales eran (además de jefes tribales) jefes religiosos, se resistían más frontalmente a la penetración de la cultura y el modo de vida europeos. Esto supuso que, en muchos casos, un movimiento que inicialmente no lo era, tornara hacia un conflicto religioso que, finalmente, derivaría hasta convertirse en nacionalismos (Sierra Kobeh, 2007, pág. 34).

A principios del siglo XX se fue reafirmando en las colonias una conciencia política anticolonial que propició el auge del islam político, el cual se convirtió en una enorme fuente de inspiración, al rechazar la invasión de los “infeles” en sus tierras, y terminó por aupar a muchos líderes religiosos para convertirlos también en políticos. El sistema colonizador de los europeos de principios del siglo XX y finales del XIX suponía, en una gran medida, suprimir multitud de rasgos culturales, tradiciones, lenguas y creencias que se encontraban fuertemente arraigadas en las sociedades de las que formaban parte, lo cual llevó a la creación de un conflicto entra la tradición y la modernidad que a día de hoy se puede percibir de forma muy clara en aquellos países que se vieron más afectados por esta forma de civilización. (Arabi, 2013, pág. 54) En palabras de Amin Maalouf (un escritor franco-libanés): "Cuando la modernidad lleva la marca del ‘Otro’, no es de extrañar que algunas personas enarboles los símbolos del arcaísmo para firmar su diferencia". (Maalouf, 2009, pág. 82)

¹ Cabe indicar la aparición en los últimos años e incorporación al mundo académico del término de “la zona MENA” (proviene del inglés: “Middle East and North Africa”) como calificación alternativa a la de “Mundo Árabe”. Este concepto da un mejor reflejo de la realidad de la región, al estar fijado en función de criterios geográficos, y no raciales, religiosos o culturales, por lo que incluye dentro de si a grupos minoritarios no árabes que se encuentran dentro de la región, como los kurdos, los bereberes o los nubios. (Banco Mundial, 2014)

Tras obtener la independencia, lo que el colonialismo dejó tras de sí fue una herencia de caos político y social, carente de una administración sólida que fuera capaz de solucionar los problemas que se les planteaban. Como consecuencia, los mandos militares se convirtieron en el punto de referencia a la hora de la toma de decisiones en muchos de estos países, formando en torno a sí un compacto bloque de corrupción y clientelismo que terminó por beneficiar solo a unos cuantos. (Arabi, 2013, pág. 57)

Con la caída de la Unión Soviética, los Estados Unidos se convirtieron en el eje de poder en un mundo unipolar. En este punto, no solo tenían la percepción, bastante fundada, de ser el país más influyente del mundo, sino que mantenían una postura que lleva siendo la tónica general en la política exterior del país desde su nacimiento: la convicción de que los principios nacionales de Estados Unidos son de carácter universal, y que su aplicación en cualquier circunstancia no solo es lo más deseable, sino lo más necesario. En otras palabras, la filosofía de que los americanos no tenían una política exterior al uso (y menos aún expansiva, como los países europeos o el imperio otomano), sino que estaban llevando a cabo un proyecto altruista de difusión de unos valores que creían (y siguen creyendo) que el resto de pueblos aspiraban a compartir. (Kissinger, 2016, págs. 239-241)

En virtud de esto, han justificado muchas de sus intervenciones en otros países, iniciando una suerte de guerra contra aquellos países con un sistema de gobierno no democrático, "regímenes políticos patrimonialistas, basados en el patronazgo y el clientelismo, que se han perpetuado a través de una práctica política autoritaria y represiva, que les ha incapacitado de ejercer una gobernanza y un sistema económico productivo capaz de integrar de una manera eficiente a sus ciudadanos". (Martín Muñoz, 2012, pág. 6)

Exportar la democracia y luchar contra el terrorismo llenaba la boca de los políticos, y justificaba cualquier ataque y rediseño de la geopolítica de una región.

Todo esto ha complicado enormemente las relaciones geopolíticas en Oriente Medio, y ha sido determinante en la configuración de las llamadas "Primaveras Árabes". Los numerosos interrogantes que se suscitan a raíz de todo esto atrajeron mi atención, especialmente la relación entre dos potencias como son Estados Unidos y Arabia Saudí, y cómo esta relación ha afectado profundamente al resultado de algunas de las revoluciones en países que aparentemente eran independientes de ambos. El primero ha sido desde hace años el estandarte de los valores y modo de vida de Occidente, así como un país de una marcada tendencia democrática y liberal. Arabia Saudí, en cambio, es una

monarquía absoluta de carácter religioso, que gracias a fuentes de dinero como el petróleo se ha convertido en una de las principales potencias del Mundo Árabe. Además, se trata del lugar de nacimiento del Islam y es uno de sus más fervientes impulsores, así como es la cuna del wahabismo, que es una de las corrientes de pensamiento suníes más conservadoras. Son países, por tanto, radicalmente opuestos, a la par que importantes aliados. El equilibrio de poder entre ambos ha desembocado en que, a través de sus diversas actuaciones hayan influido fuertemente en el resultado de varias de las Revoluciones. No obstante, al ser necesario delimitar el trabajo para poder profundizar adecuadamente en las cuestiones planteadas, me voy a centrar en el caso de Bahreín.

Se trata de un Estado insular con algo más de un millón de habitantes localizado en el Golfo Pérsico. Fue un protectorado de Reino Unido hasta 1971, cuando firmó su independencia. A partir de ese momento, la base naval que había albergado barcos ingleses y estadounidenses pasó a alojar únicamente a la Quinta Flota norteamericana, permitiéndoles tener un puerto estratégico en la región para acceder al Golfo Pérsico, el Mar Rojo, el Mar Árabe y a parte del Océano Índico. Esta base ha sido lo que durante mucho tiempo ha asegurado el estatus de Bahreín en la estrategia de política exterior británica y estadounidense, y junto al apoyo de Arabia Saudita, ha permitido sostener el régimen de Al Khalifa. (Matthiesen T. , 2014)

Tras el comienzo de la guerra en Libia, Bahreín se convirtió en uno de los principales centros financieros de Oriente Medio, si no en el principal. Tras la crisis del petróleo del año 73, la región experimentó un crecimiento económico, del cual este pequeño reino también se benefició ampliamente. (Matthiesen T. , 2014) A lo largo de los siguientes años se creó el Consejo de Cooperación del Golfo, formado por Arabia Saudita, Bahreín, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Omán y Qatar. (Ministerio de industria, comercio y turismo) El CCG ha utilizado el beneficio derivado principalmente del petróleo para obtener poder e influencia e invertir en otros países de Oriente Medio, donde la transformación de las economías en una línea neoliberal desde la época de los 70 empezó a crear multitud de oportunidades. Estas políticas económicas neoliberales son una de las causas subyacentes tras las Revoluciones que tuvieron lugar en 2011, también en Bahreín, donde el poder y la riqueza de unos pocos contrastaba fuertemente con la situación de la mayoría de los bahreiníes, que cada vez más sentían que se estaban quedando atrás. Al no disfrutar de una exportación de petróleo tan fuerte como sus países vecinos, sus

beneficios no les permitían mantener los programas de servicios sociales e infraestructura que los demás países del Consejo de Cooperación habían implementado. Además, la desigualdad se incrementaba más y más debido a un fuerte problema de corrupción del que se beneficiaban básicamente las personas que ya tenían poder y riqueza. (Matthiesen T. , 2014)

Otro aspecto que diferencia las circunstancias de este Estado es que, debido a la influencia de los partidos de izquierda, las protestas y los movimientos anti-coloniales, el gobierno bahreiní llevaba años importando trabajadores baratos de otros países, no para complementar a su ya potente fuerza de trabajo nacional, sino para poder sustituir a una parte de ella y debilitar así al movimiento obrero. Estos trabajadores “importados” eran, en su inmensa mayoría, sunitas que se encontraban en situación de dependencia de una persona de dentro del Régimen (Matthiesen T. , 2014), con lo cual eran mucho menos propensos a causar revueltas, y más a ser leales a la dinastía Al Khalifa. Esto causó un agravamiento de las tensiones, tanto entre la franja de la población pobre, como entre los chiitas (en muchos casos, ambos grupos coincidían). Cuando esta gente se sumó a las protestas que ya estaban sacudiendo a Túnez, Egipto, Argelia, Irán y Yemen (Freedom House, 2011), las élites en el poder tanto estatales como de los demás países del CCG no tenían muy claro cómo reaccionar. Pronto, la plaza de la Perla se convirtió en la versión bahreiní de la plaza de Tahrir, y duró hasta que las tropas sauditas, bajo el nombre de un supuesto grupo de operaciones especiales del Consejo de Cooperación del Golfo, irrumpió en la Plaza y reprimió la protesta (fundamentalmente pacífica) de una forma brutal (Matthiesen T. , 2014).

A raíz de los abusos contra los Derechos Humanos cometidos en estas fechas, el gobierno bahreiní creó por real decreto la Comisión de Investigación Independiente de BahrÉin, que había de investigar las denuncias sobre abusos cometidos durante y después de las protestas (Amnistía Internacional, 2011). Los resultados de este informe declararon que, efectivamente, se habían producido asesinatos, desapariciones forzosas, tortura, y otros abusos tanto antes como después de efectuarse las detenciones (Cherif Bassiouni, Rodley, Al-Awadhi, Kirsch, & Arsanjani, 2011).

Todo esto resultó muy embarazoso para los dos principales socios financieros occidentales de BahrÉin: Reino Unido y Estados Unidos. Especialmente por la no intervención de EEUU a la hora de evitar el uso de la fuerza contra los manifestantes, a

pesar de tener una fuerza militar potente en la base que mencionábamos al principio, y de ser aliado de varios de los Estados del CCG (Matthiesen T. , 2014). Obviamente, esto ha despertado un agitado debate sobre la doble moral de un país que siempre ha presumido de su altruismo y sus valores democráticos, y que no hace nada para detener una brutal represión que podía haber evitado. No obstante, la política exterior no es un juego sencillo, y a la hora de tomar decisiones no solo influye la capacidad técnica del Estado en cuestión. Pretendo por tanto examinar la postura de Estados Unidos y del Consejo de Cooperación del Golfo, concretamente de Arabia Saudita, para dilucidar si realmente estuvo justificada la política de inacción de Estados Unidos, siendo necesario señalar que en otras revueltas sí que intervino. Para ello, vamos a seguir la siguiente estructura:

En primer lugar, hacer una brevísima introducción al estallido de las Primaveras Árabes, a fin de contextualizar la revolución bahreiní.

A continuación, profundizar en las causas que provocaron el estallido en este país, describiendo brevemente la trayectoria histórica hasta llegar a 2011.

Después, desarrollar la intervención, enmarcándola dentro de la Contrarrevolución, y detallando los motivos para la misma.

En cuarto lugar, entrar en los intereses geoestratégicos de Estados Unidos en Oriente Medio, en relación con los países del CCG, y especialmente con Bahrein y Arabia Saudí.

Por último, en la conclusión, buscamos determinar si se confirma la tesis o no y describir someramente las consecuencias del fracaso revolucionario.

En cuanto a las preguntas que se busca contestar, son las siguientes:

- ¿Son las revueltas en Bahrein el producto de un descontento social reciente? ¿Cuáles son sus causas profundas?
- ¿Por qué se ha acentuado tanto la división sectaria que existía en el país?
- ¿Cuáles son las causas de la profunda preocupación del resto de países del Golfo por el resultado de la revolución bahreiní? ¿Se extendía esa preocupación al resto del mundo árabe?
- ¿Qué medidas se tomaron en Bahrein a fin de frenar la revolución?
- ¿Cuáles son los intereses de Estados Unidos en la zona?
- ¿Habría podido intervenir sin dañar sus propios intereses, o el perjuicio habría sido más grave que el que han causado a su credibilidad no haciéndolo?

Metodología

Para la elaboración de este trabajo se ha recurrido al análisis de la literatura, principalmente abarcando tres temas:

1. Las Revoluciones Árabes, específicamente el caso de Bahrein.
2. La Contrarrevolución, concretamente la intervención del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en Bahrein.
3. Las causas para la inacción de Estados Unidos en el caso de Bahrein.

A través de la lectura analítica de fuentes de información primarias (tales como datos de medios de comunicación oficiales) y secundarias (como son artículos de revistas especializadas, periódicos y libros sobre el tema), se ha llegado a formular la hipótesis que afirma que Estados Unidos no pudo haber actuado en Bahrein sin sufrir un grave perjuicio en sus intereses nacionales.

Tras la observación, planteamiento de la hipótesis, análisis y deducciones elaboradas a partir de lo anterior, se han realizado contrastaciones para determinar la verificación o no de la hipótesis inicial. Estos resultados se encuentran recogidos en el apartado de “conclusiones finales”.

La lectura de los medios indicados previamente se ha realizado conforme al método de verificación histórico-crítica, el cual nos permite la evaluación de la sucesión de hechos en orden cronológico, pudiendo así seguir el desarrollo de los hechos y, consecuentemente, identificar las principales conexiones históricas entre ellos.

Otra parte del trabajo está basada en una revisión crítica de la prensa tanto de Estados Unidos como de países del Consejo de Cooperación del Golfo, con el objetivo fundamental de conocer la imagen que de cara a esta situación han querido proyectar ambos bloques ante la Comunidad Internacional, así como sus posturas oficiales.

El periodo histórico seleccionado es desde finales de 2010 hasta finales de 2011, con un relato en menor profundidad de los hechos acaecidos en las décadas anteriores a fin de permitir un mejor análisis de los hechos estudiados. Esta selección es limitada para poder reflejar la narrativa de las dos potencias mencionadas respecto de Bahrein en una etapa de marcada inestabilidad como han sido las “Primaveras” árabes.

Se han consultado bases de datos y agencias de noticias como la Agencia Islámica de Noticias o la Agencia oficial de Noticias de BahrÉin, cuyo contenido tanto en inglés como en español refleja la ideología plasmada en las noticias y periódicos de lengua árabe.

Procedimiento del análisis:

1. Búsqueda y lectura de terminología clave, como “Primaveras Árabes”, “Consejo de Cooperación del Golfo”, “BahrÉin”, “Contrarrevolución”, “Intervencionismo”, etc.
2. Clasificación de la información encontrada dentro de los bloques siguientes:
 - a. Comienzos y expansión de las Primaveras Árabes.
 - b. Historia reciente y causas del descontento en BahrÉin.
 - c. Arabia Saudí y el Consejo de Cooperación del Golfo y su relación con las Revoluciones de 2011.
 - d. Intereses e intervenciones de Estados Unidos en Oriente Medio.
 - e. Conclusiones.
3. Reorganización de la información para la estructuración de una línea narrativa coherente y selección de los fragmentos clave de información

La estructuración del trabajo es de la siguiente forma: en primer lugar, se ha elaborado un marco teórico tras revisar la literatura acerca del tema, en el cual se contiene información relevante para contestar a las preguntas de este trabajo sobre los intereses en juego que propiciaron la intervención o no intervención en este país. Para tratar el tema ha sido necesario desarrollar un breve marco histórico que permita entender la política intervencionista de Estados Unidos aplicada a Oriente medio y la relación de BahrÉin con los países del CCG, refiriéndonos especialmente a Arabia Saudita. Además, es importante conocer y entender la situación sociopolítica de BahrÉin en el periodo estudiado, ya que ha tenido una relevancia clave en las revueltas reprimidas de 2011.

Tras este estudio, buscamos confirmar la hipótesis de que no era posible para los Estados Unidos llevar a cabo una represión eficaz de la violencia en BahrÉin, ni frenar el proceso de contrarrevolución impulsado por los países del Consejo de Cooperación del Golfo sin causar al mismo tiempo un grave menoscabo y un grave perjuicio a sus intereses nacionales.

Antecedentes: Las llamadas “Primaveras Árabes”³

A lo largo de 2011 comenzaron a estallar revueltas por la gran mayoría de los países que conforman el mundo árabe. La población, oprimida y descontenta, clamaba masivamente por un cambio hacia la democracia. El detonante se produjo el 17 de diciembre de 2010, con la autoinmolación del vendedor tunecino Mohamed Bouazizi, que produjo una reacción en cadena de revueltas e indignación a lo largo de su país que se extendería a otros Estados cercanos. Estos hechos sorprendieron al mundo, ya que el mundo árabe llevaba tiempo siendo estudiado y concebido como una población pasiva bajo el yugo de sus dictaduras (Ballester, 2015). No obstante, si estudiamos la historia de la región vemos que esta reacción no ha sido en modo alguna espontánea, sino que ha tenido tanto causas como antecedentes que lo explican (Lynch, 2013). Las quejas de la población iban dirigidas a la falta de medios, libertad y justicia que padecían desde hace años, fruto de gobiernos más o menos autoritarios y corruptos que, acomodados en su posición de poder, resistieron el empuje de los paradigmas democratizadores de finales del último siglo (Ballester, 2015).

La situación en Túnez a finales de 2010, principios de 2011 era de una clara falta de libertad, con una separación de poderes prácticamente inexistente, pero aun así se trataba de un país con una política social relativamente progresista, especialmente en el área familiar y de derechos de las mujeres, debiendo tenerse en cuenta que las mujeres en Túnez gozaban en estas fechas de mayores libertades y derechos que en la mayoría de los países de la región (Freedom House, 2011). En las siguientes tablas comparamos la situación de Túnez con los siguientes nueve países a los que se extendieron las revueltas en base a datos del año 2011:

³ Resulta necesario aclarar la controversia que el término “Primaveras Árabes” ha suscitado para referirse a estos procesos de cambio político, ya que se consideran como un producto de la prensa excesivamente sensacionalista y además poco ajustado a la realidad de lo acaecido. Otros términos que se han propuesto para definirlos han sido el de “Despertar árabe” o el de “Revueltas árabes”. No obstante, dada la gran extensión del término, y que es el más utilizado, lo emplearemos a veces a lo largo de este trabajo.

| PAÍS | ESTATUS | NIVEL DE LIBERTAD (1 = MEJOR, 7 = PEOR) | LIBERTADES CIVILES (1 = MEJOR, 7 = PEOR) | DERECHOS POLÍTICOS (1 = MEJOR, 7 = PEOR) |
|----------------|--------------------|---|--|--|
| TÚNEZ | No libre | 6 | 5 | 7 |
| EGIPTO | No libre | 5,5 | 5 | 6 |
| ARGELIA | No libre | 5,5 | 5 | 6 |
| IRÁN | No libre | 6 | 6 | 6 |
| YEMEN | No libre | 5,5 | 5 | 6 |
| BAHRÉIN | No libre | 5,5 | 5 | 6 |
| MARRUECOS | Parcialmente libre | 4,5 | 4 | 5 |
| LIBIA | No libre | 7 | 7 | 7 |
| JORDANIA | No libre | 5,5 | 5 | 6 |
| ARABIA SAUDITA | No libre | 6,5 | 6 | 7 |

| PAÍS | ENTRONO LEGAL (0 = MEJOR, 30 = PEOR) | ENTRONO POLÍTICO (0 = MEJOR, 40 = PEOR) | ENTRONO ECONÓMICO (0 = MEJOR, 30 = PEOR) | LIBERTAD DE PRENSA (0 = MEJOR, 100 = PEOR) |
|----------------|--|---|--|--|
| TÚNEZ | 27 | 33 | 25 | 85 |
| EGIPTO | 23 | 24 | 18 | 65 |
| ARGELIA | 22 | 23 | 17 | 62 |
| IRÁN | 30 | 37 | 24 | 91 |
| YEMEN | 27 | 33 | 23 | 83 |
| BAHRÉIN | 25 | 27 | 20 | 72 |
| MARRUECOS | 25 | 25 | 18 | 68 |
| LIBIA | 29 | 36 | 29 | 94 |
| JORDANIA | 20 | 24 | 19 | 63 |
| ARABIA SAUDITA | 28 | 30 | 25 | 83 |

Tablas que muestran la situación de estos países en el 2011, año en el que estallaron la mayoría de las revoluciones. Elaboración propia a partir de datos de Freedom House.

Como podemos observar, Túnez se hallaba entre los países con peores cifras del grupo analizado, si bien todos tenían unas cifras bastante deficientes. Esto nos permite comprobar que las poblaciones de estos Estados tenían razones más que de peso para sentirse oprimidas y descontentas.

Si atendemos a la definición que da Marc Lynch sobre lo que han sido estas revoluciones, podríamos describirlas como unas “excepcionalmente rápidas, intensas y prácticamente simultáneas explosiones de descontento popular a lo largo del Mundo Árabe unidas por unos medios de comunicación transnacionales y compartidos y ligados por una identidad común” (2012, pág. 9).

Este sentimiento de identidad común ha sido una de las principales razones de la rápida expansión de las revueltas. Más que cualquier otra región del mundo, los árabes tienen desde hace tiempo un sentido de pertenecer a una identidad común integrada dentro de un espacio político integrado, y con una serie de debates, preocupaciones y discusiones comunes, además de compartir unas narrativas similares. Es cierto que hay una serie de variantes significativas de un país a otro, e incluso dentro del mismo país. Tienen divisiones internas, ciertamente, pero eso no elimina el sentimiento de unidad, especialmente cuando se trata de hacer frente a la adversidad. La actual generación de jóvenes árabes ve en las revoluciones de los últimos años una narrativa compartida a todos ellos, con héroes y villanos comunes. Cuando unas inicialmente victoriosas revoluciones tuvieron lugar en Egipto y Túnez, el resto del Mundo Árabe salió a la calle, uniéndose a las protestas. Y cuando al-Jazeera retrató la violencia en Siria, provocó una generalizada y sin precedentes demanda de intervención por parte de los países occidentales. Cuando Gadafi perdió control sobre Trípoli, aparecieron manifestantes en Yemen (Lynch, 2012, págs. 12-21).

Es necesario mencionar el papel de los medios, ya que sin los recursos tecnológicos de los que disponemos actualmente, probablemente no se habría visto tan impulsado el impacto de las Revoluciones, ni el público que participó en ellas habría estado tan informado y empoderado. Bien es cierto que el papel de los medios ha sido algo sobre exagerado, pero es innegable su influencia. El uso generalizado de internet, y el acceso de la mayoría de la población a teléfonos móviles asequibles y a la televisión han influido radicalmente en la forma en la cual viajan las ideas, la información y las opiniones a través de las sociedades árabes. En primer lugar, y, en mi opinión, de forma fundamental, ha

permitido una gran libertad de comunicación y facilidad acceso a la información. Es fundamental recordar que los regímenes autoritarios tradicionalmente han basado parte de su control sobre la sociedad sobre un férreo control de la información. Y, si bien es cierto que no podemos afirmar que en estos países haya una absoluta libertad de expresión, internet es, por su propia naturaleza, difícil de controlar. Esto ha permitido que se fomentase un diálogo y un debate político en el seno de una generación cada vez más implicada políticamente y ha contribuido a afianzar el sentimiento de identidad común mencionado previamente (Sherif, 2019). Por último, no solo ha generado debate entre la población en general y entre los activistas políticos, sino que les ha dado, nuevos conocimientos, nuevas habilidades y nuevas expectativas. Todo esto creó una sociedad extremadamente crítica con sus regímenes, que no dudaba en burlarse de ellos abiertamente y que se encontró directamente con una confrontación contra unos autoritarismos que trataban de mantener su control absoluto. Tras unas limitadas reformas políticas durante la década de los 2000, muchos de los regímenes árabes se volvieron más represivos, al mismo tiempo que la población se iba volviendo más impaciente y aumentaba su deseo y su capacidad de disentir contra el estatus quo (Lynch, 2012, págs. 11-12; 56-58).

Similarmente a como enuncia la famosa tercera Ley de Newton, toda acción produce una reacción de igual magnitud en sentido opuesto. No mucho después de comenzar 2011, con la explosiva expansión de las revoluciones, los autoritarismos respondieron con acciones dirigidas a asegurar su propia preservación en el poder, ya fuera reprimiendo las manifestaciones o haciendo leves concesiones que no cambiasen en nada lo esencial de su estructura de poder ni afectasen excesivamente a sus intereses. Evidentemente, lo primero que buscaron regímenes como el de Arabia Saudita, que sabía que su población tenía tantos motivos, e incluso más que otros países, para provocar revueltas, fue contener los problemas en el interior de sus fronteras. Principalmente, la estrategia se tradujo en tres tipos de medidas: represión por la fuerza, cantidades desorbitantes de dinero gastadas en ayudas sociales para la población, y una actividad diplomática orientada a incrementar su poder blando, o “*soft power*” (BBC Mundo, 2011). Fuera de sus límites nacionales, los miembros del CCG implementaron medidas similares en otros países, con el objetivo de impedir el triunfo de alguno de los levantamientos, especialmente en monarquías, y, por encima de todo, dentro de la península Arábiga.

Resultaron particularmente notorias la intervención armada del Consejo en BahrÉin y su respaldo a los ataques aéreos perpetrados en Libia, pero no fueron las únicas. Un hecho del que no se ha hablado demasiado es de que invitaran a los reinos de Jordania y de Marruecos a unirse al CCG, buscando consolidar un bloque de países monárquicos de carácter fuertemente conservador. Además, ofreció sumas de dinero bastante fuertes a varios países, como Egipto o Jordania, y reforzó para beneficiar sus propios intereses tanto redes mediáticas como religiosas, entre otras acciones que se resumirían en las tres clasificaciones de medidas mencionadas en el párrafo anterior (Lynch, 2012, pág. 131).

Ahora que hemos tocado brevemente las circunstancias más importantes que rodearon el alumbramiento de las Primaveras Árabes, vamos a profundizar en la situación particular de BahrÉin.

BahrÉin: Aproximaci3n hist3rico-política a la revoluci3n de 2011

Colonialismo e independencia

Hay un concepto en geopolítica que se conoce como “Cintur3n de Quiebra”, el cual consiste en una regi3n con una ubicaci3n estrat3gica que est3 ocupada por una cifra representativa de Estados conflictivos y, al mismo tiempo, se encuentra aprisionada entre los intereses opuestos de dos o m3s Potencias (Cohen, 1980). Esta idea se ajusta bastante a la realidad de la situaci3n de Oriente Medio desde hace ańos, y perfectamente al caso de BahrÉin⁴, quien no solo se encuentra en medio de la tensi3n entre Arabia Saudita e Ir3n, sino que tambi3n es uno de los puntos de inter3s para Estados Unidos y para Reino Unido (su antigua metr3poli, y que contribuy3 en gran medida al afianzamiento de la dinastía Al Khalifa), y al mismo tiempo supone una lucrativa fuente de ingresos para multitud de empresas internacionales que se dedican a vender armamento y material de espionaje, entre otros productos, a BahrÉin (Jones M. O., 2015).

Para entender mejor la situaci3n actual, es necesario volver la vista hasta el comienzo del reinado de la dinastía Al Khalifa, en 1783, cuando echaron a los persas para constituirse ellos como gobernantes. Este hecho propici3 la formaci3n de una sociedad feudal en la que los jefes tribales leales a los Al Khalifa obtuvieron tierras de las que podían obtener beneficios por medio de impuestos y gravámenes (CIDOB, 2018). Para 1820, comenzaron las relaciones con Gran Bretaña, que por esa 3poca era el poder militar m3s importante en el Golfo P3rsico (Bahrain Government, s.f.). La Pax Britannica conllev3 un aumento de la estabilidad regional, al mismo tiempo que permiti3 el asentamiento definitivo del poder de los Al Khalifa, que se establecieron como gobernantes legítimos. La influencia inglesa, inicialmente dirigida a aspectos de polítca exterior y a asegurar las rutas de comercio marítimas, r3pidamente se extendió hasta influir en asuntos de polítca interior, tanto administrativamente como moderando conflictos internos (StudyCountry, 2019).

⁴ Anexo 1

Al mismo tiempo que la población chiita (tradicionalmente mayoritaria en el país⁵)⁶ aceptaba positivamente la protección que los británicos les ofrecían, empezaba a desarrollar un deseo por el cambio político y legal en su país (Jones M. O., 2017). El descubrimiento en la década de 1930 de petróleo coincidió con una creciente movilización política, al tiempo que creaba grandes oportunidades laborales. Estas oportunidades, no obstante, terminaron por crear malestar en la población, dado que mucha de la mano de obra cualificada que se necesitaba era importada de otros países. Esto, sumado al progreso político de otros países vecinos y a la creación de un Consejo legislativo en Kuwait, llevó a un cuestionamiento de la política interna del Estado (Herb, 2016), y del destino de los beneficios de la explotación del petróleo. La metrópolis británica accedió a que un tercio de estos beneficios fueran destinados a los Al Khalifa, lo cual incrementó la unidad de la familia real, pero supuso un perjuicio a la economía bahreiní y provocó acusaciones de corrupción de los gobernantes, sobre todo dada la expectación popular de que esos beneficios fueran destinados a mejorar las instituciones e infraestructuras nacionales (Jones M. O., 2017).

A finales de los años 30, en 1938, y por primera vez en su historia moderna, los colectivos sunnís y chiitas bahreinís plantearon una petición de reforma del gobierno, de la cual destacamos la petición de unas instituciones más democráticas. No obstante, en aquella época ni los Al Khalifa ni los ingleses querían fomentar la democracia, por lo que conjuntamente ofrecieron a ambos frentes diferentes reformas con el objetivo de dividir el movimiento. A pesar de las limitadas reformas, el sectarianismo no desapareció, alcanzando uno de sus momentos álgidos el 1 de junio de 1954, cuando un grupo de civiles chiitas salieron a protestar por una sentencia dictada contra otro chiita y la policía abrió fuego, matando a tres de ellos. Dos años después se produjo otro tiroteo en el que mataron a cinco personas y diecisiete resultaron heridas, todo por lo que parecía una desavenencia trivial en el puesto de una frutería (Jones M. O., 2017). El sentimiento de enfado que ya existía, unido a la injusticia de estas acciones violentas, fueron determinantes para impulsar la popularidad de una agrupación política llamada “el Comité de la Unión Nacional” (CUN), quienes veían el sectarianismo como una estrategia

⁵ Se desconoce la cifra exacta por carecerse de fuentes oficiales, pero se estima que en la actualidad la población chiita compone en torno al 70 por ciento de los musulmanes que viven allí. (Atlas of Humanity, s.f.).

⁶ Anexo 2

británica de dominación y querían acabar tanto con él como con la influencia colonial, así como implementar una serie de reformas democráticas y progresistas (Revolvy, s.f.).

Los británicos, pragmáticos, emplearon tácticas para ganar tiempo mientras decidían cuál iba a ser su estrategia. El problema no lo planteaba el CUN en sí, pero sus preocupaciones geoestratégicas primaban: la Guerra Fría y la importancia de proteger a Kuwait, así como asegurarse el apoyo de los Al Khalifa, eran motivos suficientes para no alterar el estatus quo del país, por lo que el Comité de la Unión Nacional terminó por ser desmantelado y sus líderes deportados. Nuevamente, para controlar el descontento, el gobierno introdujo algunas reformas, que recibieron numerosas críticas debido al alto número de miembros de la familia real a los que se les otorgaron cargos. Otra de las demandas del CUN que se introdujo fue la redacción de un Código Penal, que también fue objeto de crítica dado que coartaba severamente la libertad de expresión política, y en situaciones de emergencia podía llegar a prohibir las concentraciones públicas de gente. Esta diferencia entre las expectativas populares y la realidad culminaron en la Intifada de 1956, fomentada por el Frente de Liberación Nacional y el Movimiento Nacional Árabe, quienes se postularon contra los británicos a favor de un nuevo orden social. Nuevamente, el gobierno respondió con algunas medidas de carácter muy limitado que vinieron acompañadas de otras dirigidas a llevar a cabo un control de las opiniones disidentes (Jones M. O., *History of Bahrain*, 2017).

Bahréin declaró su independencia de Reino Unido en 1971, pero no por ello terminó la influencia extranjera en su territorio, ya que tanto británicos como estadounidenses (que en esa época estaba afianzando su carácter hegemónico) crearon y/o mantuvieron intereses e influencias allí (BBC, 2018). A pesar de que en los años 30 los británicos no eran partidarios de implementar la democracia en el país bahreiní, para esta época empezaban a estar cada vez más convencidos de que podía reportar más beneficios que inconvenientes, principalmente al actuar como válvula de escape del descontento social, evitando así que se produjeran revueltas o, incluso, una revolución. Las clases dirigentes, en cambio, se mostraban reticentes a introducir medidas democráticas, a pesar de lo cual se introdujeron algunas. La Constitución de 1973 creaba un Parlamento, convirtiéndose en el segundo país del Golfo (después de Kuwait) en tener una experiencia electoral como país independiente (Saldaña & Zaccara, 2015). No obstante, el experimento democrático no duró mucho, y la Asamblea Nacional se disolvió en 1975. Tras la disolución, Arabia

Saudita se esmeró en influenciar a los miembros de la familia real por medio de regalos hechos en base a la condición de que abandonasen cualquier intención de hacer nuevos experimentos con la democracia. Además de estos regalos, envió 300 ciudadanos sauditas para que reforzasen el ejército bahreiní, y pasó a regular la compra de equipación militar comprada por el Estado insular (Jones M. O., 2017).

Esta breve experiencia parlamentaria fue testigo de la cooperación entre chiitas y sunitas. Tras la disolución, el gobierno no estaba nada deseoso de ver progresar esta cooperación, ya que una oposición unida y formada por personas con pensamiento diverso que trabajaban juntas era susceptible de ser un enemigo mucho más formidable que una oposición dividida y menos organizada. Por este motivo, la población chiita empezó a verse cada vez más discriminada (Wimmen, 2014). La paranoia se vio muy influenciada por el estallido de la Revolución Iraní en 1979, y por el miedo de que el Imán Khomeini tuviera intención de exportarla al resto del Golfo, intención que por otra parte parecía claro que tenía (Kechichian, 2014). Pero la antipatía hacia los chiitas siempre había estado ahí, y al desaparecer la escasa protección que les brindaba el Imperio británico, recibieron su impacto frontalmente.

[La Intifada de los 90](#)

El clima de inestabilidad que reinaba a principio de los 80 en esta región (enfrentamientos en la Provincia del Este, un intento fallido de golpe de estado en Bahréin, una serie de bombardeos en Kuwait y la guerra Irán-Iraq) llevó a los países del Consejo de Cooperación del Golfo a discutir la elaboración de un Acuerdo de Seguridad Interna (ASI) integral. Al mismo tiempo, Arabia Saudita elaboró varios acuerdos de seguridad con varios de sus socios menores, siendo el primero de ellos con Bahréin en 1982 (Kechichian, 2014). Se cristalizaba así la influencia y “protección” saudita en el país, pasando Bahréin a convertirse en una especie de “pensionista” político, social y económico de Arabia Saudita. Esta fuerte influencia, sumado al propio conservadurismo imperante entre los gobernantes del reino, y a pesar de la influencia de los británicos y los estadounidenses, fue aumentando la tendencia autoritaria del régimen, algo que estuvo marcado por un incremento de las muertes y del nivel de tortura infringida los presos en esta época (Jones M. O., 2017).

La continua opresión dirigida tanto a la oposición política como a la mayoría chiita del país, combinada con ciertos problemas económicos condujeron a la Intifada de los años 90. Hasta 1994 se caracterizó por el *lobbying* y por recibir peticiones de los grupos políticos pidiendo, entre otras cosas, medidas democráticas. Estas peticiones fueron realizadas a los gobernantes quienes, en la misma línea histórica que en las previas demandas reformistas, decidieron recibir por separado a los líderes chiitas y sunitas, mostrando una clara diferenciación entre ambos grupos (Jones M. O., 2017). Esta época relativamente pacífica terminó el 25 de noviembre de 1994, con la celebración de una maratón organizada por el club Rotary cuya ruta atravesaba varios pueblos chiitas, ruta que llevaba ya un tiempo siendo un asunto sensible para algunos sectores chiís (principalmente en lo relativo a la falta de pudor de la ropa de muchos participantes, especialmente de las mujeres que llevaban ropa deportiva). Algunos grupos salieron a la calle a protestar, de forma pacífica al principio, mientras los corredores trataban de continuar la marcha. La violencia comenzó cuando miembros del personal de inteligencia empezaron a fotografiar a los manifestantes, a lo que estos respondieron lanzándoles piedras. Poco después, llegaron las fuerzas de seguridad y comenzaron a utilizar gas lacrimógeno y balas de goma para dispersar a la masa. A partir de este episodio, las protestas se generalizaron por todo el país, principalmente pidiendo la restauración del parlamento y el respeto a la Constitución, a lo que el gobierno respondió ignorándoles o efectuando numerosas y repetidas violaciones de los derechos humanos, a una escala que el país no había presenciado nunca y donde, nuevamente, se cebaron especialmente con los musulmanes chiitas (Amnesty International, 1995). Esta época de protestas y descontento generalizado con una respuesta particularmente violenta y represiva por parte del Estado duró una década. En 1999, el régimen comenzó a realizar castigos colectivos de forma prácticamente exclusiva a vecindarios chiitas pobres de los que decían que auxiliaban a los opositores (Jones M. O., 2017). La respuesta del gobierno a las protestas no hizo sino alimentar la llama del resentimiento. A pesar de todo, las autoridades se mostraron dispuestas a, nuevamente, realizar algunas concesiones que, nuevamente, no satisfacían las demandas populares, como el nombramiento de un Consejo Consultivo que carecía de cualquier función legislativa (era un órgano meramente de asesoramiento, y su opinión no limitaba el poder del emir) (CIDOB, 2018).

El malestar en BahrÉin preocupaba al resto de países del Consejo de Cooperación del Golfo, que no querían ver como una de las monarquías tradicionales de la región se

tambaleaba y ofrecía medidas liberales a sus súbditos. Continuando con su línea intervencionista, Arabia Saudí decidió aumentar la asignación petrolífera de Bahrein del campo petrolífero de Abu Safah⁷ al doble de la que tenía, pasando de 70.000 barriles a 140.000. Por otra parte, los Emiratos Árabes Unidos aportaron unos subsidios al país de 50 millones de dólares anuales. Bahrein es un país que parece tener tendencia a repetir sus estrategias, y en esta ocasión buscaron que las revueltas parecieran fruto de una trama extranjera llevada por extremistas chiíes con base en el Líbano y en Irán, para lo cual se valieron tanto de los medios de comunicación como de las confesiones de los supuestos conspiradores, pero al estar recibiendo continuas acusaciones de tortura, estas acusaciones se percibieron como un intento de deslegitimizar a la oposición (Jones M. O., 2017).

El nuevo rey y el cambio de siglo

En 1999 ascendió al trono Hamad bin Isa Al Khalifah, quien era percibido como de mentalidad más liberal que su padre, aunque el que el pueblo no se hacía ilusiones de que implementase reformas más democráticas. No obstante, el nuevo emir pronto empezó a tomar medidas liberalizadoras que sorprendieron tanto a sus nacionales como a otros países, como la liberación de numerosos presos políticos o la creación por decreto de un comité especial para la monitorización de los Derechos Humanos en el país, o la aseveración realizada en uno de sus primeros discursos de que no toleraría la discriminación contra la población chií (CIDOB, 2018).

Poco después, se elaboró la llamada “Carta de Acción Nacional”, que despertó grandes expectativas entre el pueblo, al englobar numerosas reformas políticas que se venían demandando desde hacía tiempo (CIDOB, 2018). Sin embargo, la implementación de la Carta fue tremendamente decepcionante para aquellos que la esperaban. El Parlamento que se había comprometido a crear consistió en un Parlamento bicameral con una Cámara Alta (Majlis al-Shura) elegida por decreto real y que poseía un derecho de veto sobre la Cámara Baja (Majlis al-Nuwab), además de lo cual las leyes quedaban subordinadas al veto del rey, que en última instancia era quien debe aceptar la promulgación de cualquier

⁷ Abu Safah es un gran campo petrolífero situado cerca de la frontera de Arabia Saudita con Bahrein. La producción y las reservas de petróleo se dividen entre los dos países, aunque es operada en nombre de Bahrein por Aramco (ProTenders, 2019).

ley (Saldaña Martín, 2008). Junto a la decepción que esto supuso, y a pesar del discurso inicial antidiscriminación del rey, el gobierno se embarcó en un amplio programa para naturalizar a extranjeros de confesión sunní a cambio de que realizasen servicio en el ejército o en la policía, y a los Dawasir, una tribu sunnita que había sido expulsada por los británicos, con lo cual se reforzó ampliamente el voto de esta sección religiosa. Del mismo modo, estas naturalizaciones se conjugaron con un uso de las barreras electorales que reducía el poder de voto de los chiitas de modo que, en su caso más extremo, el voto de un sunní llegó a equivaler al de 21 votantes chiitas (Bahrain Center for Human Rights, 2004).

El comienzo de la Primavera

El gobierno bahreiní llevaba ya años peleando contra los persistentes movimientos populares que demandaban democracia, así como asociaciones defensoras de los derechos humanos y activistas (incluyendo el activismo online) con el mismo propósito. Animados por las otras protestas que estaban teniendo lugar en el resto del mundo árabe, miles de personas se reunieron en la Plaza de la Perla, el centro financiero de Manama, la capital, para alzar una vez más sus voces. Dos días después de esto, el 16 de febrero de 2011, la policía entro en la Plaza y dispersó violentamente a la multitud, matando a cuatro personas e hiriendo a varias más. En los días siguientes, la represión continuó, con varios muertos y heridos más, pero también prosiguieron las manifestaciones (Rodríguez, 2012, págs. 320-322). Partidos políticos organizados y otros movimientos comenzaron a sumarse a las protestas, mientras el régimen se debatía tratando de encontrar el mejor modo de proceder. Cuanto más aumentaba la represión, más se enfadaba la gente, y más se unían a las protestas. Se estima que, en su momento álgido, aproximadamente la mitad de la población se había unido a las manifestaciones callejeras (Lynch, 2013, pág. 110). Pronto comenzaron las negociaciones, públicas y en privado, para alcanzar algún tipo de acuerdo relativo a las medidas a alcanzar entre el régimen y los líderes de los manifestantes, todo ello acompañado de la influencia de los saudís y los americanos (Lynch, 2013, pág. 110). Algunos gobernantes, entre ellos el príncipe heredero, parecían estar más dispuestos a llegar a una monarquía constitucional, pero el 14 de marzo, esta ilusión se desvaneció.

El 14 de marzo, las tropas del Consejo de Cooperación del Golfo, integradas principalmente por soldados saudíes, demolieron la Plaza de la Perla (considerada como el símbolo de la revolución), y dispersaron a los manifestantes, dando comienzo a una brutal ola de represión violenta y no violenta (Lynch, 2013, pág. 111), se prohibió a los médicos de los hospitales cercanos atender a los heridos, se despidió o expulsó de la universidad tanto a miles de manifestantes como a aquellas personas de las que se sospechaba que simpatizaban con ellos, al mismo tiempo que muchísimas personas eran detenidas ilegalmente, a veces por periodos bastante largos, en los que los interrogaban y torturaban, teniéndoles incomunicados del resto del mundo (Rodríguez, 2012, págs. 320-322).

Aunque la intervención se llevó a cabo en nombre del CCG, no todos sus integrantes eran partidarios de utilizar la fuerza: Kuwait, Qatar y Omán eran partidarios de optar por las negociaciones y por una reforma política limitada. No obstante, cuando los Emiratos y Arabia Saudí inclinaron la balanza hacia la intervención armada, no se opusieron (Matthiesen T. , 2014). Después de esto, y a pesar de que inicialmente las revueltas no se centraban en demandas de tipo religioso, sino más bien de índole política y económica (pan, libertad y justicia), la oposición rápidamente se fragmentó en líneas sectarias. El gobierno realizó un uso, ya familiar, de estas divisiones con un fin político, vendiendo la idea de que la mano extranjera de Irán (otro país con mayoría chií y que había reclamado durante algún tiempo unos territorios que actualmente pertenecen a Bahreín) estaba detrás de las protestas, del mismo modo que decían que la oposición utilizaría la democracia para terminar instalando una teocracia chií. Esto reforzaba la idea de que los Al Khalifa eran un auténtico baluarte de la moderación y la liberalidad, en contraposición con el extremismo sectario y teocrático, una táctica que funcionó especialmente bien, alimentada por el miedo al terrorismo islámico (Jones M. O.).

Aunque la principal batalla estaba teniendo lugar en las calles, y la campaña de propaganda tenía lugar sobre todo a través de medios oficiales, las redes sociales se mostraron como un importante campo de batalla, principalmente Twitter, en las cuales debatían tanto manifestantes como cuentas dedicadas a hacer propaganda del régimen y a denunciar a los primeros. Además, se utilizó tecnología de espionaje por medio de la red para llegar a las personas que expresaban su opinión en contra del régimen (Bahrain Watch, 2013).

Mientras que, al inicio de la revolución, la mayoría de las comunidades de activistas a lo largo del mundo árabe aceptaron la bahreiní como la suya propia, la ametralladora propaganda sectaria empezó a pasar factura, demonizando a los activistas chiitas y haciéndoles parecer como los brazos de Irán en otros territorios (aunque nunca hubo realmente pruebas de que los iraníes estuvieran detrás de dicho activismo) (Jones M. O.). El régimen bahreiní y sus aliados continuaron incansablemente en sus esfuerzos por hacer aparecer sus protestas como una lucha separada del resto de las que estaban teniendo lugar por todo lo largo y ancho del mundo árabe, consiguiendo que, en algunos casos, los activistas de otros países rechazaran encontrarse con los bahreiníes, y figuras políticas que antes les habían prestado su apoyo, empezasen a mostrarse recelosos con ellos (Lynch, 2013, pág. 111).

De las reformas que se ofrecieron, no incluía ningún cambio sustancial. Además, el gobierno propició un diálogo nacional que debía incluir todas las facetas de la comunidad del país, pero este diálogo no representó adecuadamente a las fuerzas que habían sido elegidas en el Parlamento, lo que convenció a al-Wefaq, uno de los partidos de la oposición más importantes, de que el Estado no estaba siendo serio a la hora de representar a todo el mundo, y se retiraron. El creciente sectarianismo seguía dividiendo a la oposición y a la sociedad, minando cada vez más la posibilidad de lograr una verdadera reforma. Aunque este “diálogo” promovido por los Al-Khalifa se percibió por el pueblo como una forma de “meter debajo de la alfombra” todo lo que había pasado hasta la fecha, y poner la fachada de autoridad dialogante. Cuando el Rey anunció el nombramiento de un comité internacional para la investigación de los sucesos acaecidos durante 2011, fue ampliamente elogiado (Jones M. O., 2017). Dicho comité elaboró un informe en el que criticaba tanto al régimen como a la oposición, hablaba de los muchos excesos que las fuerzas policiales habían cometido, y planteaba una serie de recomendaciones (Report of the Bahrain Independent Commission of Inquiry, 2011). El Rey aceptó los resultados, pero la implementación de las recomendaciones ha sido muy criticada porque la mayor parte de ellas no se han llevado a cabo.

Las consecuencias del fracaso de la revolución en BahrÉin son muchas, y se ha escrito mucho sobre ellas. No obstante, no es el objeto de este trabajo analizarlas. En el siguiente capítulo, desarrollaré la intervención Saudita, enmarcándola dentro de la Contrarrevolución, y detallando los motivos para la misma.

La Contrarrevolución: motivos y aplicación en BahrÉin

El CCG y la preocupación por la seguridad y la estabilidad regionales

Los países del Golfo Pérsico (Arabia Saudí, Bahrein, Irak, Irán, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Omán, Kuwait y Qatar) juegan un papel fundamental en el mundo actual, principalmente debido a sus grandes depósitos de petróleo y gas natural, que en el 2011 contaban con en torno al 60 por ciento de las reservas mundiales del primero, y el 40 por ciento del segundo, convirtiendo a estos países en la primordial fuente energética del mundo (Amirah Fernández, 2011). No obstante, su importancia no deriva solo del sector energético, sino que encuentra un fuerte impulso gracias a su importancia como centros financieros y de comercio internacionales. Estos sectores han propiciado una importante dependencia internacional de los países que lo integran, condicionando así sus relaciones con el resto de la Comunidad Internacional, generando alianzas y dilemas de seguridad que frecuentemente han planteado contradicciones y polémica, como se ve claramente en el caso de la intervención del CCG en BahrÉin y la no-intervención de Estados Unidos.

Las relaciones en el seno del Consejo de Cooperación del Golfo están caracterizadas por una gran influencia del problema de la seguridad. Esto es debido, por un lado, a causas internas (tales que el carácter autoritario de sus regímenes) y externas (como las múltiples rivalidades y tensiones de la política regional). Esto aparece sumado a que las potencias extranjeras (señeramente el Imperio Británico en su época, y Estados Unidos después) han considerado siempre la zona como de alto nivel estratégico.

Los gobernantes de estos países tienen en común el objetivo fundamental de retener el poder al frente de sus respectivos territorios. Por esta razón, sus políticas de alianzas se basan en gran medida en la percepción que tengan de cómo los acontecimientos regionales y los que lleven a cabo sus múltiples rivales puedan hacer peligrar dicha permanencia en el poder, o la seguridad de su Estado. Además, se trata de una región con bastante tendencia a los conflictos, que desde su independencia ha sido escenario de tres grandes guerras internacionales: La guerra entre Irán e Iraq (1980 a 1988), la guerra del Golfo de 1991 y la invasión angloamericana de Iraq (desde el 2003) (Amirah Fernández, 2011). De hecho, muchas de las medidas represivas que estaban en la base del estallido

de las Revoluciones se tomaron en su momento en nombre de la “seguridad nacional” y que, a pesar de tener este objetivo, dichas medidas han contribuido a generar un clima de constante desconfianza y acentuación de las rivalidades.

La actual configuración política de la zona viene marcada por el legado colonial. La presencia británica, que había establecido allí un protectorado, llegó a su fin definitivamente en 1971 con la independencia de EAU, Qatar y Bahreín (BBC, 2018). Este hecho fue seguido de una competición por el poder y la influencia en el Golfo entre los tres actores estatales más fuertes, que eran Arabia Saudita, Irán e Iraq. Esta llegó a un punto de inflexión en 1979 debido a cinco hechos trascendentales que cambiaron las dinámicas en la zona: El nombramiento como presidente de Saddam Husein en Iraq (Enciclopedia Britannica); el triunfo de la Revolución iraní y la deposición del Shah (Katouzian, 2009); el ataque realizado contra la Gran Mezquita de la Meca por parte de militantes islamistas contrarios a la política de Arabia Saudita (Rakowski, 2017); la firma del tratado de paz entre Israel y Egipto (Israel Ministry of Foreign Affairs, 1979) y la invasión Soviética de Afganistán (Rivas Moreno, 2015). Estos cinco hechos alteraron los equilibrios regionales, al tiempo que suponían un reto para los intereses estratégicos de los ocho países. No es objeto de este trabajo analizar las intervenciones extranjeras derivadas de cada uno de estos acontecimientos, de modo que simplemente destacaremos el hecho de que Estados Unidos tomó parte en muchos de ellos (Amirah Fernández, 2011). En cuanto a los intereses de este país en la región, se tratarán en el capítulo siguiente.

Las amenazas a la seguridad en los países del CCG no son únicamente los relativos a un posible ataque de otro país, sino que engloban amenazas de índole ideológica y ligadas a determinadas identidades transnacionales religiosas (como es el caso de los chiitas y los sunnitas), étnicas y sectarias (entre árabes, kurdos y persas, por ejemplo) (Amirah Fernández, 2011). Con el fin de crear una unión capaz de hacer frente a estas amenazas de seguridad, se crea en 1981 el Consejo de Cooperación del Golfo, integrado por Arabia Saudí, Bahreín, Qatar, EAU, Omán y Kuwait, concretamente como consecuencia de la guerra entre Iraq e Irán, y como cortapisas a las ambiciones de este último (Fabani). El CCG no ha llegado a desarrollar un marco regional de cooperación en temas de seguridad, sino que ha mantenido la estrategia de coordinarse en cada caso. La imposibilidad de llevar a cabo una alianza más estrecha se deriva de la desconfianza de los regímenes hacia

su propia capacidad de autodefensa, así como la dirigida por parte de los demás miembros hacia Arabia Saudita, que es tanto el líder del Organismo como su miembro más fuerte.

Con el estallido de las Primaveras Árabes, las monarquías del Golfo vieron amenazado su estatus quo ya que, si uno de sus miembros se convertía en una democracia, la posibilidad de que las protestas se incrementasen en sus respectivos países crecía enormemente. En este contexto, Arabia Saudita se posicionó como líder de la llamada Contrarrevolución, no solo reforzando su liderazgo dentro del CCG, sino dirigiendo multitud de esfuerzos a contener, e incluso a revertir, las protestas (Kamrava, 2012). Las preocupaciones sobre seguridad de las monarquías conservadoras del CCG no podían sino encontrar en las Primaveras Árabes motivos para la alarma, proponiéndose mantener las revueltas fuera de sus fronteras y, en la medida de lo posible, minorarlas en el resto del Mundo Árabe. Para conseguir su objetivo, recurrieron tanto a la represión como a la inversión de grandes cantidades de dinero provenientes (principalmente) del sector petrolífero con el objeto de mejorar las condiciones de vida de la población, una táctica que no es nueva en estos Estados y que, salvo en el caso de Bahrein, tradicionalmente ha funcionado muy bien (Kamrava, 2011).

El liderazgo saudí se ha reflejado de diferentes maneras. Entre ellas, claramente destaca la intervención realizada en Bahrein, en la que la mayor parte de los soldados enviados eran sauditas y donde, tal como hemos explicado en el capítulo anterior, los Estados miembros del CCG que no eran partidarios de la intervención armada no se opusieron a ella ante la insistencia de Arabia (Matthiesen T. , 2014). Esta intervención, por otra parte, sirvió para mostrar al resto de miembros del Consejo la determinación saudí de liderar la lucha contra los disruptivos efectos de la Primavera Árabe. Junto a la aprobación del CCG a los ataques aéreos llevados a cabo por la OTAN en Libia, fue la muestra más clara de intervencionismo, aunque, lógicamente, sus esfuerzos contrarrevolucionarios no afectaron únicamente a estos dos países (Lynch, 2013, pág. 131).

En mayo de 2011, el CCG extendió una invitación a Marruecos y a Jordania para unirse al Consejo, invitación dirigida a fortalecer el bloque monárquico conservador (Hadman, 2011). También se realizaron numerosas promesas de dinero orientadas a fortalecer tanto las relaciones con otros Estados, como los millones de dólares que se le dieron a Jordania o a Egipto, como su propia situación interna a fin de prevenir el alzamiento de protestas dentro de sus fronteras, tales como el aumento de los salarios de los funcionarios, la

construcción de viviendas de renta baja, e incluso el anuncio de proyectos de ayuda al desarrollo financiados por algunos Estados miembros para ayudar a los países menos desarrollados y políticamente estables del Golfo: Omán y Bahreín (Kamrava, 2012). Del mismo modo, también se produjo un incremento en las ayudas económicas otorgadas a los grupos religiosos y a determinados medios de comunicación, ambos orientados a fortalecer el discurso y la reputación de las fuerzas conservadoras (Lynch, 2013, pág. 131).

La Contrarrevolución no afectó únicamente a los países del Golfo, aunque su alcance global real es discutido por los distintos autores, algunos de los cuales dan más crédito que otros al alcance del poder y la influencia del CCG a la hora de frenar los movimientos populares de los que hablamos, aunque lo que sí resulta indudable es la voluntad de influir en el desenlace de las revoluciones de acuerdo con sus propios intereses. Del mismo modo, el término “Contrarrevolución” se utilizó mucho a modo de etiqueta “fácil” no solo para hablar de las políticas encabezadas por el CCG o, más concretamente, por Arabia Saudita, sino para referirse a otro tipo de actuaciones llevadas a cabo por otros actores encaminadas a cumplir sus propios objetivos, siendo difícil diferenciar la línea de separación entre un partido que busca obtener más votos y la agenda política del Consejo de Cooperación del Golfo (Lynch, 2013, pág. 132).

[El caso bahreiní](#)

Muchos de los miembros de la familia real se oponían firmemente a un cambio político significativo, y estaban en un firme desacuerdo con las concesiones que el príncipe heredero parecía estar ofreciendo a la oposición. Por esta razón, aunque la invitación para la intervención armada supuestamente provenía del rey, se cree que la decisión la tomaron conjuntamente la rama conservadora de los Al-Khalifa y los Al-Saud. La celeridad con la que los Al-Saud se lanzaron a intervenir fue, por un lado, la importancia estratégica de Bahreín y, por otro, el temor de que las protestas se extendieran dentro de su propio territorio por toda la Provincia Este, que cuenta con una importante minoría chiita. Del mismo modo, Bahreín era visto como el “eslabón débil” de los Estados del Golfo, el que con más facilidad podía ceder a la interferencia extranjera y a la presión popular, en particular a la de Irán (Matthiesen T. , 2013, pág. 53). Cabe señalar que, al mismo tiempo

que la posible interferencia iraní preocupaba a las autoridades, adjudicarle las protestas por medio de los medios de comunicación prorrégimen fue una de las estrategias más importantes para desprestigiar y debilitar a la oposición, convenciendo a la población sunnita de que el objetivo de estos era hacerse ellos con el poder y luego perjudicar a la minoría sunní que habita el país. Del mismo modo, permitía cimentar la argumentación de que la represión se ejercía por motivos de seguridad nacional (Kamrava, 2012).

Después de la intervención armada en la Plaza de la Perla se inició una campaña masiva de arrestos de médicos, activistas, periodistas, profesores, estudiantes y opositores al régimen a los cuales se aislaba del resto del mundo durante semanas, en las cuales les interrogaba, torturaba y abusaba sexualmente de ellos para conseguir confesiones que después eran utilizadas contra ellos en los tribunales. Esto resultó en un miedo constante y profundo por parte de la población (especialmente chií) de que pudieran tomar represalias contra sus seres queridos. Además, miles de personas fueron expulsadas de la universidad o de sus trabajos a modo de castigo por su participación en las revueltas, y numerosos lugares de culto chií fueron destruidos. (Rodríguez, 2012, pág. 321; Lynch, 2013, pág. 111)

Después de esto, las protestas pasaron a efectuarse de nuevo en los pueblos, donde había un alto nivel de activismo. Como medida represiva, el gobierno estableció puntos de control en la entrada de muchos pueblos chiitas. En ellos se produjeron numerosos altercados que terminaron con varios heridos y muertos, lo que no hizo sino intensificar las protestas (Rodríguez, 2012, págs. 321-322; Matthiesen T. , 2013, págs. 55-61). Muchas veces los cuerpos de seguridad irrumpían en las manifestaciones, llevando a cabo una represión similar a la de la Plaza de la Perla, aunque a menor escala, y después se iban. Y según se iban, la gente volvía a llenar las calles, filmando y subiendo a las redes lo que estaba pasando, difundiendo lo que sucedía al resto del mundo y transmitiendo la sensación de una protesta continua. Este formato de protesta popular, casi al modo de una guerrilla, en la que los ataques se llevan a cabo por grupos pequeños con rapidez e intensidad, aseguraba que nunca iba a poder ser completamente aplastada. No obstante, al mismo tiempo resultaba mucho menos visible tanto para el mundo exterior como para la propia población sunnita del país, lo cual la convertía a los ojos del gobierno y de sus socios en algo mucho más aceptable y manejable (Matthiesen T. , 2013, págs. 55-56).

Los grupos de la oposición habían sufrido graves daños por la represión, pero no todos se vieron igualmente afectados. Los que pedían la caída del régimen (en vez de su modificación), y los activistas de un grupo nacionalista árabe compuesto por musulmanes de las dos facciones llamado Wa'ad, se vieron particularmente perseguidos. No obstante, la represión también provocó la aparición de activistas como Nabeel Rajab, cofundador del Centro de Bahreín para los Derechos Humanos, quienes sabían que su lucha no iba a ser fácil, y estaban dispuestos a pagar cualquier precio por sus convicciones (IFEX, 2019).

Otro de los efectos de la represión que ya hemos comentado brevemente con anterioridad, fue el de acentuar las divisiones sectarias dentro del país. Muchos sunnitas que inicialmente estaban a favor de las protestas dejaron de sentirse identificados con ellas, y con la acción conjunta de la propaganda gubernamental y el resentimiento ya existente en la sociedad, se empezó a convertir en socialmente aceptable el odiar a la otra sección de la sociedad (Matthiesen T. , 2013, págs. 67-68).

El siete de julio de 2011, y tras varios infructuosos intentos de diálogo, el rey Hamad estableció por Real Decreto la Comisión de Investigación Independiente de Bahreín, encargada de investigar las violaciones de derechos humanos cometidas por las fuerzas de seguridad y actores estatales, así como por los manifestantes. El informe fue presentado al Rey el 23 de septiembre del mismo año. Al haber sido nombrada y financiada por el Estado, todos esperaban que se efectuara alguna crítica leve al régimen y alguna recomendación, por eso sorprendió mucho cuando el susodicho informe se mostró como el resultado de una investigación genuinamente independiente, muy severa con los abusos cometidos (Hiltermann & McEvers, 2011; Lynch, 2013, pág. 111). Es cierto que, a pesar de todo, no incriminaba aquellos responsables de los abusos que se encontraban en las esferas más altas, como el Rey o el Primer Ministro, ni tampoco se pronunció sobre si Irán había tenido o no un papel en las revueltas (Report of the Bahrain Independent Commission of Inquiry, 2011). Sin embargo, sí hizo un buen número de recomendaciones. El gobierno presentó al año siguiente un informe en el que se decía que las recomendaciones se estaban implementando, aunque la realidad es que solo se han implementado algunas, dejando fuera especialmente a aquellas de índole más política. Así, en vez de convertirse en un símbolo de progreso, el informe de la Comisión de Investigación Independiente de Bahreín se ha convertido en un signo de estancamiento político (Matthiesen T. , 2013, págs. 69-71).

Tras la presentación del informe, los Al-Khalifa nombraron dos nuevos oficiales de seguridad encargados de reformar las fuerzas de seguridad del país: John Timoney, ex jefe de policía en Miami y en Filadelfia, y John Yates, ex comisario de Scotland Yard. Supuestamente, habían sido nombrados siguiendo las recomendaciones del informe con el fin de poner fin a la “cultura de la impunidad” que había permitido la comisión de tantos abusos contra las víctimas (Horne & Lubbock, 2013). Sin embargo, semanas después de su llegada, Yates comentó que “El Gobierno ha hecho un excelente progreso aquí”, a pesar de que la policía continuaba atacando a los manifestantes con gases lacrimógenos y balas de goma, y no habían cesado los arrestos arbitrarios, con lo que la aportación de estos dos occidentales en pro de la democracia y la defensa de los derechos humanos era ya poco prometedora (Matthiesen T. , 2013, págs. 69-71).

Por último, como corolario a la violencia que había tenido lugar hasta ese momento, los Al-Khalifa trataron de destruir los símbolos tangibles de la revolución. Cuatro días después de la entrada de las tropas sauditas en la Plaza de la Perla, esta fue demolida. El hasta ese momento símbolo de la Primavera bahreiní cobró aún más fuerza, transformándose en un icono popular de resistencia. En su lugar, se construyó un monumento al segundo califa del islam, Umar ibn al-Khattab. Los chiitas no reconocen a los tres primeros califas. De este modo, el gobierno tomó un símbolo de la herencia histórica nacional (la economía bahreiní había estado muy basada en el comercio de perlas hasta el descubrimiento del petróleo), y lo convirtió en un símbolo del sectarismo, dando una muestra más de la gran división presente en los países del Golfo.

Estados Unidos: intereses en la región y políticas aplicadas

Durante la represión, Estados Unidos se abstuvo de intervenir, cavando lo que el decepcionado y furioso público árabe ha pasado a considerar como “la tumba de la credibilidad americana” en las Primaveras Árabes (Lynch, 2013, págs. 193-195). Pero, ¿por qué el gigante occidental agachó la cabeza cuando Arabia Saudita dejó claro que Bahrein estaba en su esfera de influencia?

Para responder a esta pregunta, debemos entender los intereses que históricamente el país norteamericano ha mantenido en esta región, especialmente a partir de la Guerra Fría. Los intereses de Estados Unidos en esta época pivotaban en torno a la manera de frenar eficazmente el expansionismo de su gran enemigo: la Unión Soviética. Además, cuando estamos hablando de la región concreta de Oriente Medio, se añade la preocupación por mantener sus asentamientos estratégicos y el acceso al petróleo. Para conseguir esto, era necesario asegurar el mantenimiento de la paz y la estabilidad de sus aliados de la zona, entre los cuales estaban los países del actual CCG. Por esta razón, la política exterior del país en estos años buscó mantener el estatus quo de los regímenes políticos, así como el orden que estos habían establecido dentro de sus fronteras y su independencia de otros países (Bosemberg, 2003). Así, el Golfo Pérsico se constituía como una zona de vital interés estratégico para Estados Unidos, llegando incluso a declarar (a través de la Doctrina Carter), que cualquier intento de un país extranjero de dominar el Golfo Pérsico sería considerado como un ataque a los intereses vitales de Estados Unidos, y no dudarían en utilizar la fuerza para defenderlos (Joyner, 1990). Los Estados del Golfo contaban ya con una fuerte presencia americana, que había sustituido a la inglesa y que contaba ya con numerosos intereses allí, tanto militares y estratégicos como comerciales, lo que definió la estrategia diplomática y de seguridad del país durante las siguientes décadas (Ferreira Pinto & do Céu, 2012).

El comienzo de los nacionalismos árabes fue percibido como una seria amenaza a EEUU, ya que ponía en riesgo su acceso al petróleo, además de considerarse como susceptible de ser el resultado de la intervención soviética. Esta oposición a los nacionalismos se manifestó tempranamente en Irán, cuando las CIA ejecutó un plan para derrocar al Primer Ministro iraní con el objetivo de evitar la nacionalización del sector petrolero. Otro signo de esta preocupación fue la política de integrar en su sistema de alianzas a los regímenes

más prooccidentales, como Jordania o Egipto, y a los productores de petróleo más importantes, como Arabia Saudita y otros reinos del Golfo, y que fue bastante exitosa (Ferreira Pinto & do Céu, 2012).

Con la revolución iraní de 1979 y la radicalización chiita que macó los años 80, sumado a la desaparición de la Unión Soviética (y, por ende, de la némesis de Estados Unidos), el ascenso del fundamentalismo islámico se convirtió en el nuevo enemigo de la potencia, que concebía el islam político como una fuerza antagonista, antidemocrática y anti occidentalista. Así, a los intereses de los Estados Unidos pasó a sumarse el reducir la amenaza de los llamados “Estados canallas”, aquellos que suponían “una amenaza para la paz mundial” (Pillar, 2018). Las cada vez mayores ambiciones americanas, junto con la percibida amenaza del terrorismo han llevado al país a tener una presencia militar cada vez más fuerte. Tras los sucesos del 11 de septiembre, la administración de Bush encontró la justificación necesaria para tener una política exterior más agresiva, a través de la “lucha contra el terrorismo” y la “guerra preventiva”, además de los objetivos de promocionar la democracia y frenar el desarrollo de armas de destrucción masiva. Este proceso culminó en 2003 con la ocupación de Iraq en 2003. Hasta ese momento, la política de EEUU en la zona seguía la máxima de preservar la estabilidad por encima de cualquier cosa, lo cual se convirtió en una pista libre para mantener sistemas autoritarios que cometían todo tipo de excesos contra la población y que ha sido una de las causas del deterioro de la imagen del país entre la población de esos Estados. Fue la administración de George Bush quienes optaron por alterar el enfoque de mantener el estatus quo en la medida de lo posible, con el objetivo de reconfigurar la región por medio de la guerra preventiva y la lucha contra el terror que mencionábamos arriba, pretendiendo así hacer que la situación y la población les fueran más favorables, y finalmente consiguiendo totalmente lo contrario, y quizás esta sea una de las causas de la actitud que tomó Obama a lo largo de las Primaveras Árabes (Amirah Fernández, 2011).

A pesar de la agresividad que habían llegado a tener sus políticas, la respuesta de la administración Obama cuando comenzaron las Primaveras Árabes fue tan cautelosa que provocó numerosas críticas. También provocó críticas las respuestas desiguales en distintos países, ya que expresaron su postura con bastante vehemencia en países como Siria, Yemen o Libia, mientras que en otros, como Bahréin, apenas reaccionaron ante la brutal represión contra la sociedad (Ferreira Pinto & do Céu, 2012). En un discurso de

Obama que dio el 19 de mayo de 2011, manifestó su apoyo a los deseos de democracia de los pueblos árabes, declarando que el cambio que estas revoluciones traerían iba a ser algo bueno tanto para los países involucrados como para los Estados Unidos. Sobre Bahrein también se pronunció, diciendo lo siguiente:

“Bahrein es nuestro aliado desde hace tiempo y nos hemos comprometido con su seguridad. Reconocemos que Irán ha tratado de aprovecharse de los disturbios allí y que el gobierno de Bahrein tiene un interés legítimo en el estado de derecho.

Sin embargo, hemos insistido tanto pública como privadamente en que los arrestos en masa y la fuerza bruta van en contra de los derechos universales de los ciudadanos de Bahrein, y nosotros... y dichas medidas no harán que desaparezcan los llamados legítimos a la reforma. El único camino a seguir es que el gobierno y la oposición participen en un diálogo, y no es posible tener un verdadero diálogo cuando partes de la oposición pacífica están en la cárcel. (Aplausos). El gobierno debe crear las condiciones para el diálogo, y la oposición debe participar en forjar un futuro justo para todos los bahreines.” (Obama, 2011)

Por un lado, en este discurso Obama transmitió que no iba a interferir con el resultado de las revoluciones. Sí iba a prestar su apoyo a los ideales que promocionaban, pero sin imponer su liderazgo en el proceso democratizador (Lynch, 2013, págs. 193-194). Por el otro lado, cabe recordar que Bahrein no solo es vecino del principal productor de petróleo mundial (Arabia Saudita), sino que es la base de la Quinta Flota estadounidense. Esta base militar es uno de los enclaves físicamente más importantes para los americanos, ya que les otorga acceso a Oriente Medio, Sudasia, y África del Este, además de permitirles controlar las aguas del Golfo y el mar Arábigo y el mar Rojo, asegurando así el correcto comercio del petróleo. Por último, sirve como recordatorio de que los Estados Unidos tienen la voluntad y la capacidad de defender militarmente sus intereses en la región (Jones T. C., 2011). Por lo tanto, dejando al margen la postura del Presidente, está claro que los americanos se encontraban aquí entre la espada y la pared, obligados a decidir entre promover los ideales y objetivos idealistas que propugnan, y que aseguran que son los que mueven sus motivaciones para actuar en terceros Estados (Kissinger, 2016, págs. 239-241), o no protegerlos y salvaguardar en cambio sus intereses estratégicos, pagando el precio de que su imagen pública se viera muy dañada, especialmente entre la población joven del Mundo Árabe, antes quienes Obama quedó como un hombre encantador que da

muy buenos discursos, pero que no iba a ser consecuente con sus actos (Lynch, 2013, pág. 195).

En su discurso, Obama dijo resaltó la importancia de la dignidad de un vendedor callejero en Túnez, incluso por encima de los intereses de su gobierno, pero en Bahreín la dignidad de los manifestantes parecía tener menos valor. No es tanto una cuestión de ideales, sino de realidad estratégica: estaba por encima defender sus bases militares, el comercio de petróleo, la lucha contra Al-Qaeda, y sus preocupaciones en torno a Israel y a las pretensiones iraníes. Sin olvidar que el mantener relaciones estables con los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (especialmente con Arabia Saudita) era clave para cumplir muchos de estos objetivos, específicamente los de asegurar el acceso al crudo y frenar el poder y aspiraciones de Irán. Los Estados Unidos presionaron para obtener democracia en los mismos terrenos en los que sus aliados presionaban en la dirección opuesta y, sin embargo, evitaron enfrentarse directamente a la iniciativa saudí. Esta actitud les valió frustrar a muchos y contentar a pocos. Además, el público general ya tenía poco aprecio a la potencia después de ocho años de tener sus tropas en Iraq, de muchos prisioneros árabes sometidos a abusos en las cárceles iraquíes, o en Guantánamo, y el sesgo que percibían en el asunto de Israel (Lynch, 2013, págs. 195-197).

Conclusiones

Hemos visto, por tanto, la complejidad y profundidad de la causa de la revolución en Bahréin, así como de las motivaciones de los principales actores externos implicados en ella (ya que no hay pruebas de que el gobierno iraní estuviera en modo alguno detrás de las protestas). Tanto la población, como las monarquías del Consejo de Cooperación del Golfo (incluyendo a la clase gobernante en Bahréin), como Estados Unidos han buscado proteger y defender en la mayor medida de lo posible sus intereses.

En el caso de los Estados Unidos, se habían situado a sí mismos en una posición sumamente delicada y compleja, al buscar aliados cuyos objetivos en ciertos temas chocan frontalmente con lo que siempre ha defendido el país americano, sumado a las políticas y decisiones que habían sido tomadas en los años previos a que se desatase el conflicto.

Desde mi punto de vista, EEUU se encontraba en una posición en la que era imposible ganar o, lo que en este caso es lo mismo, no perder. Por un lado, si sacrificaban sus intereses en pro de sus ideales, estarían perdiendo aliados importantísimos cuyas consecuencias habrían resultado en resultados muy negativos para la presencia hegemónica del país en la región y en el orden mundial, al perder también un enclave militar y las relaciones amistosas con los principales productores de petróleo del mundo, así como un importante socio comercial⁸. En cambio, de sacrificar sus ideales en pro de sus intereses, estarían perdiendo toda legitimación de volver a efectuar una política intervencionista en aras de estos supuestos valores, además de provocar un daño muy serio a su imagen pública como país. La postura que tomaron fue claramente un intento de no decantarse demasiado por ninguna de las dos opciones, tratando de minimizar daños. Se confirma entonces la tesis inicial que planteábamos: Estados Unidos no pudo haber intervenido en Bahréin sin provocar un severo perjuicio a sus intereses. No obstante, con la limitación de que en caso de haberse mantenido completamente al margen, el daño producido también habría sido bastante severo. Claramente, optaron por sacrificar un poco más su imagen que sus intereses estratégicos, pero manteniendo el equilibrio en la medida de lo posible.

⁸ Anexo 3

En cuanto a las consecuencias que la revolución ha traído a Bahréin, no es objeto de este trabajo tratarlas en gran detalle, pero podemos destacar lo más evidente: las Primaveras Árabes en el Golfo pérsico, y la respuesta de las monarquías conservadoras, han conducido a un Golfo sectario. Un Golfo que dispone de las reservas de petróleo más importantes del mundo, y que tiene el poder y la voluntad de influir en el devenir de Oriente Medio. En la configuración de esta sectarización, Occidente ha jugado también un papel que no le convierte en totalmente inocente. Centrados en las principales amenazas que percibían en la región, Irán y el terrorismo, la mayor parte de las políticas de los Estados Unidos y de la Unión Europea han pretendido tratar estos dos problemas, descuidando otros asuntos igualmente importantes, como la falta de derechos y libertades dentro de los países que se comportaban como sus aliados. Los temas de seguridad, sumados a la crisis económica que comenzó en 2008 y a los intereses y pactos comerciales de Occidente con los Estados del petróleo han provocado una actitud de extrema aversión al riesgo en lo que a la toma de decisiones que les atañen se refiere, así como una gran sensibilidad ante la presión ejercida por estos Estados.

La sectarización del Golfo es una solución a corto plazo para acallar las revueltas y dividir a la oposición, pero en el largo plazo es susceptible de provocar problemas mucho más intensos y profundos, al haber generado un odio entre las distintas facciones difícil de superar, y que, incluso sin mayor azuzamiento por parte de las autoridades, tardará décadas en desaparecer.

Por otro lado, la población de Bahréin ha cruzado con su levantamiento lo que hasta ese momento había sido una frontera intraspasable para las monarquías del Golfo: los gobernantes han sido criticados y censurados frontalmente. No la administración política o un tercer Estado, sino los propios Al-Khalifa. Y muchos de los activistas que tomaron parte en las revueltas, por cierto de una extraordinaria popularidad entre sus ciudadanos, están dispuestos a volver a cruzar esa línea, y a pagar el precio que sea necesario en su batalla por la democracia y la libertad. Además, si tenemos en cuenta la extensión del acceso a internet y a las redes sociales del que disponen la mayor parte de los ciudadanos del Golfo, hace imposible frenar el activismo, la comunicación entre la población y el intercambio de información entre ellos.

Los gobernantes han puesto un parche temporal para frenar las revueltas, pero la población no está satisfecha, no ha visto cumplidas sus peticiones de cambio. Todo esto, sumado a que en el futuro el petróleo (la principal fuente del poder del CCG) probablemente perderá relevancia como fuente energética, tanto porque se acaben las reservas como por el auge de las energías renovables, hace que el futuro en Bahreín, y en el resto de los países del Golfo, sea tremendamente incierto. La cuestión es si el cambio llegará de forma pacífica por medio de una reforma democrática o, por el contrario, acabará por convertirse en otra revolución, o incluso en guerra.

Referencias

- Amirah Fernández, H. (2011). Relaciones internacionales del Golfo: intereses, alianzas, dilemas y paradojas. *Real Instituto Elcano, área sobre el Mediterráneo y Mundo Árabe*.
- Amnesty International. (septiembre de 1995). *Bahrain: A human rights crisis*. Recuperado el marzo de 2019, de Refworld: <https://www.refworld.org/docid/3ae6a9984.html>
- Amnistía Internacional. (21 de noviembre de 2011). *El informe de la Comisión Independiente de Investigación debe propiciar medidas sobre abusos cometidos en protestas*. Obtenido de <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/el-informe-de-la-comision-independiente-de-investigacion-debe-propiciar-medidas-sobre-abusos-cometid/>
- Amnistía Internacional. (2011). *TRANSFERENCIAS DE ARMAS A ORIENTE MEDIO Y EL NORTE DE ÁFRICA*. Amnesty International Publications.
- Arabi, H. (2013). EL DISCURSO COLONIALISTA EN ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO: DE LA MISIÓN “CIVILIZADORA” A LA MISIÓN “DEMOCRATIZADORA”. *Revista Encrucijada Americana*, 6(1).
- Atlas of Humanity. (s.f.). *Bahrain*. Obtenido de Atlas of Humanity: <https://www.atlsofhumanity.com/bahrain>
- Bahrain Center for Human Rights. (2004). *Discrimination In Granting Citizenship In Bahrain*. Obtenido de Bahrain Center for Human Rights: <http://www.bahrainrights.org/en/node/30>
- Bahrain Government. (s.f.). *Al Khalifa ascendancy to Bahrain and their treaties with the British*. Recuperado el marzo de 2019, de Bahrain Government: <http://www.bahraingovernment.com/index.php/history/al-khalifa-ascendancy-to-bahrain-and-their-treaties-with-the-british>
- Bahrain Watch. (2013). *The IP Spy Files: How Bahrain's Government Silences Anonymous Online Dissent*. Obtenido de <https://bahrainwatch.org/ipspy/viewreport.php>
- Ballester, L. G. (2015). *Bahréin, entre dos mares*. Madrid. Recuperado el febrero de 2019, de <https://repositorio.comillas.edu/rest/bitstreams/2772/retrieve>
- Banco Mundial. (28 de noviembre de 2014). *Middle East and North Africa*. Obtenido de Banco Mundial: <http://www.worldbank.org/en/region/mena>
- BBC. (noviembre de 2018). *Bahrain country profile*. Recuperado el marzo de 2019, de BBC: <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-14540571>

- BBC Mundo. (10 de junio de 2011). La mano silenciosa de Arabia Saudita contra la primavera árabe. *La Tercera*. Obtenido de <https://www.latercera.com/noticia/la-mano-silenciosa-de-arabia-saudita-contra-la-primavera-arabe/>
- Bosemberg, L. E. (2003). Estados Unidos y el Medio Oriente: moderación, rivalidad y hegemonía. *Historia Crítica*(26).
- Cherif Bassiouni, M., Rodley, N., Al-Awadhi, B., Kirsch, P., & Arsanjani, M. (2011). *Report of the Bahrain Independent Commission of Inquiry*. Manama.
- CIDOB. (15 de diciembre de 2018). *Hamad Al Khalifah*. Obtenido de Barcelona Centre for International Affairs: https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/asia/bahrein/hamad_al_khalifah
- Cohen, S. B. (1980). El Oriente Medio y el Sudeste de Asia. En S. B. Cohen, *Geografía y Política en un mundo dividido* (R. E. Iglesias, Trad., pág. 345). Ediciones Ejército. Recuperado el marzo de 2019
- Crystal, J., & Smith, C. (2019). Bahrain. En *Enciclopedia Britannica*. Recuperado el marzo de 2019, de <https://www.britannica.com/place/Bahrain>
- Enciclopedia Britannica. (s.f.). Iraq under Saddam Hussein. *Enciclopedia Britannica*. Recuperado el marzo de 2019, de <https://www.britannica.com/place/Iraq/Iraq-under-Saddam-Hussein>
- Fabani, O. (s.f.). *ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DEL CONSEJO DE COOPERACIÓN DE ESTADOS ÁRABES DEL GOLFO*. Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo. Obtenido de http://www.ceid.edu.ar/biblioteca/2009/ornela_fabani_origenes_y_evolucion_de_l_consejo_de_cooperacion_de_estados_arabes_del_golfo.pdf
- Ferreira Pinto, P., & do Céu, M. (2012). Mapping the Obama administration's response to the Arab Spring. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 55(2).
- Freedom House. (2011). *Tunisia report 2011*. Freedom House. Recuperado el febrero de 2019, de <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/2011/tunisia>
- Google maps. (marzo de 2019). *Google*. Obtenido de <https://www.google.com/maps/place/Bar%C3%A9in/@25.8817229,50.5500953,8.97z/data=!4m5!3m4!1s0x3e48524e6a47a211:0x2e9450e2dbda1046!8m2!3d26.0667!4d50.5577>
- Hadman, S. (mayo de 2011). Gulf Council Reaches Out to Morocco and Jordan. *The New York Times*. Recuperado el marzo de 2019, de <https://www.nytimes.com/2011/05/26/world/middleeast/26iht-M26-GCC.html>
- Herb, M. (2016). THE ORIGINS OF KUWAIT'S NATIONAL ASSEMBLY. *Middle East Centre*.

- Hiltermann, J., & McEvers, K. (noviembre de 2011). *Barricaded in Bahrain*. Obtenido de The New York Review of Books:
<https://www.nybooks.com/daily/2011/12/27/barricaded-bahrain/>
- Horne, J., & Lubbock, J. (agosto de 2013). *Policing Bahrain: the long arm of the British*. Obtenido de Open Democracy:
<https://www.opendemocracy.net/en/opensecurity/policing-bahrain-long-arm-of-british/>
- IFEX. (4 de enero de 2019). *Nabeel Rajab: 'La cárcel no me derrotó, yo derroté a la cárcel'*. Recuperado el marzo de 2019, de IFEX:
https://www.ifex.org/bahrain/2016/08/26/nabeel_rajab_profile/es/
- Israel Ministry of Foreign Affairs. (1979). *Israel-Egypt Peace Treaty*. Obtenido de Israel Ministry of Foreign Affairs:
<https://mfa.gov.il/MFA/Peace+Process/Guide+to+the+Peace+Process/Israel-Egypt+Peace+Treaty>
- Jones, M. O. (2015). Bahrain's uprising: resistance and repression in the Gulf. Recuperado el marzo de 2019
- Jones, M. O. (2017). History of Bahrain. *Research Gate*. Recuperado el marzo de 2019
- Jones, M. O. (s.f.). *Saudi Intervention, Sectarianism, and De-Democratisation in Bahrain's Uprising*. Durham University.
- Jones, T. C. (10 de junio de 2011). *Time to Disband the Bahrain-Based U.S. Fifth Fleet*. Obtenido de <https://www.theatlantic.com/international/archive/2011/06/time-to-disband-the-bahrain-based-us-fifth-fleet/240243/>
- Joyner, C. C. (1990). *The Persian Gulf War: Lessons for Strategy, Law, and Diplomacy*. Greenwood. Obtenido de <https://books.google.es/books?id=ZXZiZ7M1Bt4C&pg=PA129&lpg=PA129&q=%22Let+our+position+be+absolutely+clear:+An+attempt+by+any+outside+force+to+gain+control+of+the+Persian+Gulf+region+will+be+regarded+as+an+assault+on+the+vital+interests+of+the+United+Sta>
- Kamrava, M. (2011). *The Modern Middle East*. University of California.
- Kamrava, M. (2012). The Arab Spring and the Saudi-Led Counterrevolution. *Orbis*, 56(1), 96-104. Recuperado el marzo de 2019
- Katouzian, H. (2009). The Iranian Revolution of February 1979. *Middle East Institute*. Recuperado el marzo de 2019, de <https://www.mei.edu/publications/iranian-revolution-february-1979>
- Kechichian, J. A. (febrero de 2014). The Gulf security pact: Another GCC dilemma. *Al Jazeera*. Obtenido de <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2014/02/gulf-security-pact-another-gcc-2014219114134347260.html>
- Kissinger, H. (2016). *Orden Mundial*. (T. Arijón, Trad.) EEUU: Debate. Recuperado el febrero de 2019

- Lynch, M. (16 de marzo de 2011). *Bahrain Brings Back the Sectarianism*. Obtenido de Foreign Policy: <https://foreignpolicy.com/2011/03/16/bahrain-brings-back-the-sectarianism/>
- Lynch, M. (2012). *The Arab uprisings*. PublicAffairs. Recuperado el febrero de 2019
- Lynch, M. (2013). *The Arab Uprising: The Unfinished Revolutions of the New Middle East*. PublicAffairs. Recuperado el agosto de 2018
- Maalouf, A. (2009). *Identidades Asesinas*. (F. VILLAVERDE, Trad.) ALIANZA EDITORIAL. Recuperado el marzo de 2019
- Martín Muñoz, G. (2012). Las revoluciones árabes en perspectiva histórica. *Tiempo de Paz*(107), 5-13. Recuperado el marzo de 2019, de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3987341>
- Matthiesen, T. (2013). *Sectarian Gulf. Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring that wasn't*. Stanford Briefs.
- Matthiesen, T. (13 de febrero de 2014). *Middle East Research and Information Project: Critical Coverage of the Middle East Since 1971*. Obtenido de (No) Dialogue in Bahrain: <https://merip.org/2014/02/no-dialogue-in-bahrain/>
- Ministerio de industria, comercio y turismo. (s.f.). *Comercio exterior*. Obtenido de Acuerdos comerciales de la UE: Asia: <http://www.comercio.gob.es/gl-es/comercio-exterior/politica-comercial/relaciones-bilaterales-union-europea/asia/paxinas/ccg.aspx>
- Muñoz, J. M. (23 de enero de 2011). La llama que incendió Túnez. *El País*. Recuperado el febrero de 2019, de https://elpais.com/diario/2011/01/23/domingo/1295758353_850215.html
- Obama, B. (19 de mayo de 2011). *Discurso de Barack Obama sobre Oriente Medio y el Norte de África*. Obtenido de <https://www.voltairenet.org/article169980.html>
- OECD. (2011). *OECD Bahréin*. Obtenido de The Observatory of Economic Complexity: <https://atlas.media.mit.edu/es/profile/country/bhr/>
- Pillar, P. R. (14 de octubre de 2018). *What Is a Rogue State?* Obtenido de <https://nationalinterest.org/blog/paul-pillar/what-rogue-state-33371>
- ProTenders. (febrero de 2019). *Abu Safah Crude Oilfield Expansion*. Obtenido de ProTenders: <https://www.protenders.com/en/projects/abu-safah-crude-oilfield-expansion>
- Rakowski, S. (2017). *How the 1979 Siege of Mecca Haunts the House of Saud*. Recuperado el marzo de 2019, de Stratfor: <https://worldview.stratfor.com/article/how-1979-siege-mecca-haunts-house-saud>
- Revolvy. (s.f.). *National Union Committee*. Obtenido de Revolvy: <https://www.revolvy.com/page/National-Union-Committee>

- Rivas Moreno, J. (2015). *La intervención de la URSS en el mundo árabe propició la aparición del yihadismo*. Recuperado el marzo de 2019, de El Mundo: <https://www.elmundo.es/la-aventura-de-la-historia/2015/11/18/564c9f1c268e3e2f768b45f6.html>
- Rodríguez, O. (2012). *Yo muero hoy. Las revueltas en el Mundo Árabe*. Debate.
- Saldaña Martín, M. (2008). Bahrain: ¿un reino en busca de democracia? *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*(5). Recuperado el marzo de 2019, de <https://revistas.uam.es/index.php/reim/article/viewFile/775/763>
- Saldaña, M., & Zaccara, L. (2015). Cambio y estabilidad política en las monarquías del Golfo tras la Primavera Árabe. *CIDOB centre of International Affairs*(109). Recuperado el marzo de 2019
- Sherif, M. (23 de febrero de 2019). (L. Garcia-Blanch, Entrevistador)
- Sierra Kobeh, M. (2007). *Influencia Del Factor Externo en la Conformacion Del Medio Oriente*. (U. N. México, Ed.) Ciudad de México: Cuadernos de Estudios Regionales. Obtenido de <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=uIfCgbD2TO0C&oi=fnd&pg=PA5&dq=consecuencias+del+colonialismo+en+oriente+medio&ots=KBSuHkxOKC&sig=YeXRm7JGn2MpGGuP5-ArICmE5iQ#v=onepage&q=consecuencias%20del%20colonialismo%20en%20oriente%20medio&f=false>
- StudyCountry. (2019). *A Short History of Bahrain*. Recuperado el marzo de 2019, de StudyCountry: <https://www.studycountry.com/guide/BH-history.htm>
- Wimmen, H. (2014). Divisive rule: sectarianism and power maintenance in the Arab Spring: Bahrain, Iraq, Lebanon. *Stiftung Wissenschaft und Politik (SWP) Deutsches Institut für Internationale Politik und Sicherheit*. Recuperado el marzo de 2019, de https://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/38559/ssoar-2014-wimmen-Divisive_rule_sectarianism_and_power.pdf?sequence=1&isAllowed=y&lnkname=ssoar-2014-wimmen-Divisive_rule_sectarianism_and_power.pdf

Anexos

Anexo 1

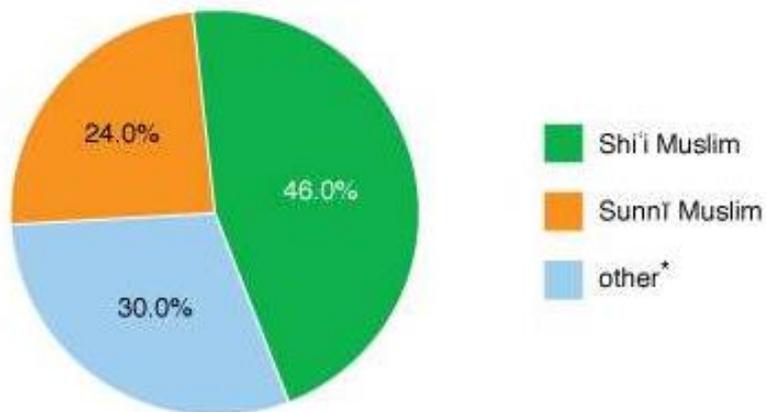
Mapa político de la Península Arábiga, donde se señala la ubicación de Bahrein y se muestran los países que lo rodean. (Google maps, 2019)



Anexo 2

Gráfico que muestra de forma estimada la distribución religiosa de la población bahreiní en la actualidad, conforme al último censo de 2010. (Crystal & Smith, 2019)

Religious affiliation (2010)



© Encyclopædia Britannica, Inc.

*Significantly Christian or Hindu

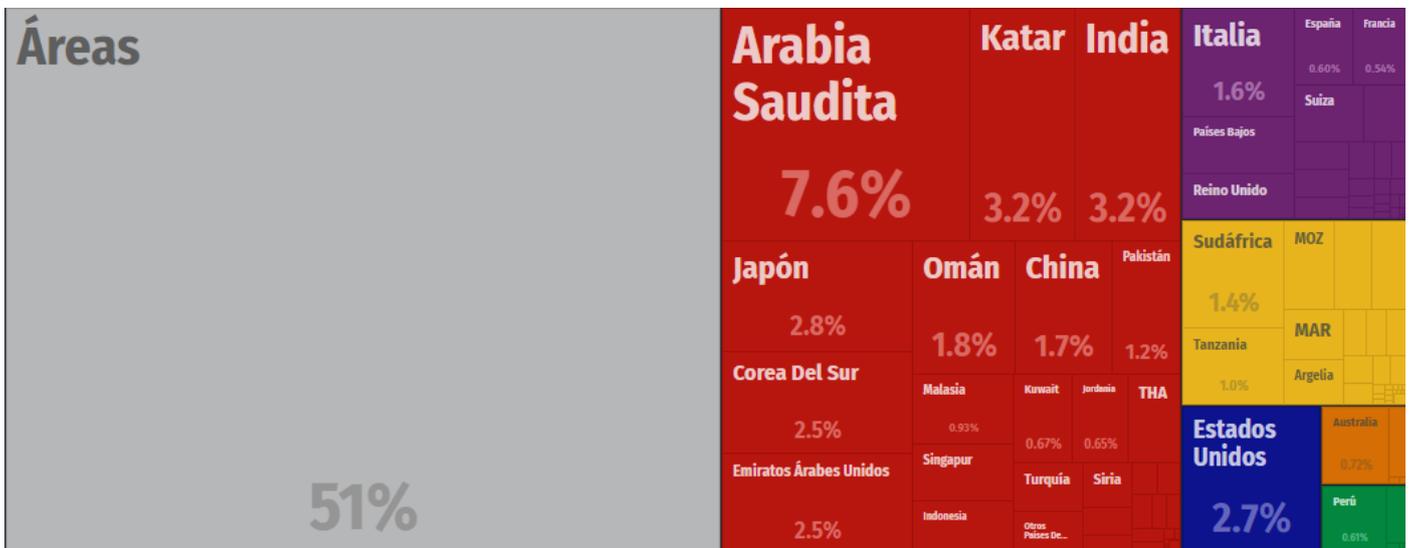
Anexo 3

Tablas que muestran las cifras de importaciones y exportaciones de Bahréin en el año 2011 dividido en los países de origen y de destino, respectivamente. (OEC, 2011)

Importaciones (2011):



Exportaciones (2011):



En la siguiente tabla se muestra quiénes son los principales proveedores de armamento de Bahréin, así como de Egipto, Libia, Siria y Yemen. (Amnistía Internacional, 2011)

| PROVEEDORES DE ARMAS | IMPORTADORES | | | | |
|----------------------|--------------|--------|-------|-------|-------|
| | Bahréin | Egipto | Libia | Siria | Yemen |
| Austria | x | x | | x | x |
| Bélgica | x | x | x | | |
| Bosnia y Herzegovina | | x | | | x |
| Bulgaria | | x | x | | x |
| República Checa | | | x | | x |
| Finlandia | x | x | | | |
| Francia | x | x | x | x | |
| Alemania | x | x | x | | x |
| Italia | x | x | x | x | x |
| Países Bajos | | x | | | x |
| Federación Rusa | | | x | x | |
| Serbia | | x | x | | |
| Eslovaquia | | x | | | x |
| España | | x | x | | |
| Suiza | x | x | | | |
| Reino Unido | x | | x | | x |
| Estados Unidos | x | x | | | x |